

~~Teatro 2025~~
H. Gola

Libros

EL RETABLO DE MAESE SANCHO

José Luis Ramos Escobar
Calle 12 L-15 Colinas de Cupey
San Juan, Puerto Rico 00931
Tels. (787) 755-2678 res.
(787) 763-5899 fax
jramosescobar@prtc.net Email

SEMINARIO MULTIDISCIPLINAR
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

mdvsvs JLCs 1019423
Ci.
~~6/20/08~~ 18/nov/08

PERSONAJES:

- Sancho Panza
- Alonso Quijano
- Aldonza Lorenzo

Escenografía: Un taller de marionetas, con múltiples marionetas por doquier. Sobresalen en tamaño tres de ellas: Don Quijote, Sancho Panza y Dulcinea del Toboso. Al fondo se observa un retablo con un paisaje manchego. Las ventanas del taller proveen la luz que ilumina el retablo.

La acción ocurre diez años después de la muerte de Alonso Quijano.

5/2/05

988250

MDRSRJ
P.2

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
 JOSE EMILIO GONZALEZ
 FACULTAD DE HUMANIDADES
 UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
 RECINTO DE RIO PIEDRAS

El taller está vacío. Una música de cítara recorre el escenario mientras la luz nos va develando los contornos de este espacio mágico. Entra Sancho. La vejez le pesa en el cuerpo y le nubla la vista. Viene peleando con su esposa, a quien no vemos.

Sancho:

Ya, Teresa, ya. Cuando llegue nuestra hija Sanchica me avisas... Claro que voy al taller, es el único lugar donde me gusta estar. No sigas refunfuñando. Sanchica no será princesa ni duquesa, pero se casó con el Caballero de los Espejos y vive bien... Como se llame, que Sansón Carrasco tampoco suena muy católico. Sí, voy a hablar con Don Quijote, él es el único que escucha... Y no te oigo más, que a palabras necias, oídos sordos... Mira y que yo estoy tan loco como el bueno de mi amo. ¿Verdad que no, don Quijote?(Toma la marioneta de Don Quijote y la pone a caminar. Imita su voz) Vamos por buen camino, Sancho, pues los perros están ladrando.(Cambia a su voz natural) Es cierto, ya nos acercamos al Toboso.(Comienza la música. Sancho canta y baila con el marioneta:)

Canción de la Tercera Salida

En la tercera salida
 Don Quijote, el ilustre caballero
 y yo Sancho, su escudero
 fuimos a arreglar la vida.
 A salvar a las doncellas
 y a deshacer los entuertos
 proclamaba con ardor
 el de la Triste Figura
 y yo que nunca creí
 en su supuesta locura
 fui tras él por la llanura
 montado sobre el jumento.
 Como ya era famoso
 Don Quijote de la Mancha
 quiso ir hasta el Toboso
 a saludar a su dama
 porque sin su Dulcinea amada
 era como árbol sin rama.
 Y hacia el Toboso nos fuimos

a buscar a la sin par Dulcinea
pero pronto descubrimos
que era imposible tarea
porque nunca habíamos visto
a la sin par Dulcinea.

Don Quijote: (Sale de entre los recuerdos.) ¿Todavía no has ido a buscar a mi
señora, Dulcinea del Toboso?

Sancho: ¡Don Quijote!

Don Quijote: Sancho amigo, sabes que debo tomar la bendición de la sin par
Dulcinea antes de que en otra aventura me ponga.

Sancho: No sé por qué vuestra merced se empeña en ir al Toboso cuando
ya podríamos estar conquistando reinos y curando tuertos.

Don Quijote: Quieres decir deshaciendo entuertos: reparar las ofensas y evitar
las injusticias.

Sancho: Vuestra merced me entendió.

Don Quijote: Te entendí, pero nunca he curado tuertos. Eso le toca a nuestro
Señor.

Sancho: Así será.

Don Quijote: Y vamos al Toboso a ver a Dulcinea porque ninguna cosa desta
vida hace más valientes a los caballeros andantes que recibir la
bendición de su dama.

Sancho: Mi mujer Teresa Cascajo no dio ninguna bendición a mí.

Don Quijote: Porque no eres caballero andante, Sancho, sino escudero.

Sancho: Pero soy un escudero andante, porque desde que me uní a vuestra
merced hemos andado mucho.

Don Quijote: Razón tienes. Y mujer también, que casado estás. Mientras que yo
sólo suspiro por mi señora Dulcinea, a quien nunca he visto.

Sancho: Y si nunca la ha visto, cómo puede hablar de su hermosura y buen
aire.

Don Quijote:

Donaire, Sancho.

Sancho:

Yo me entiendo.

Don Quijote:

Es que su fama recorre el mundo y el mayor mérito que puede haber es alabarla sin haberla visto.

Sancho:

Pues si vuestra merced no la ha visto, yo tampoco.

Don Quijote:

¿Qué dices, hereje, si me trajiste la respuesta a la carta que le envié cuando estaba en Sierra Morena?

Sancho:

No se atenga a eso señor, porque si vuestra merced está enamorado de oídas, la respuesta que yo le traje también era de oídas.

Don Quijote:

Sancho, Sancho, tiempos hay de burlar, y tiempos donde caen y parecen mal las burlas. No porque yo diga que nunca he visto ni hablado a la señora de mi alma has tú de decir también que ni la has hablado ni visto, siendo tan al revés como sabes.

Sancho:

¿No dijo vuestra merced que por ser mi amo era mi cabeza y yo el cuerpo? Si cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen, cuando la cabeza no ve, el cuerpo tampoco ve.

Don Quijote:

Socarrón sois, Sancho, y con la lengua muy suelta. Con todo, aquí en este bosque he de esperar mientras vas al Toboso y le hablas a mi señora Dulcinea. No vuelvas sin pedirle que se deje ver de este su cautivo caballero, quien ruega su bendición para que me guíe en las dificultosas empresas que me aguardan. Anda, hijo, y no te turbes cuando veas el sol de hermosura de la sin par Dulcinea. ¡Dichoso tú sobre todos los escuderos de la tierra!(Se aparta hacia el fondo.)

Sancho:

(Se acerca a la marioneta de Sancho y la toma. Hablará consigo mismo usando la marioneta como su conciencia.) A ver, ¿adónde

vas, Sancho hermano? ¿Vas a buscar algún caballo que se te haya perdido?

Sancho Marioneta: No, por cierto.

Sancho: Pues, ¿qué vas a buscar?

Sancho Marioneta: Voy a buscar, como quien no dice nada, a una princesa, y en ella al sol de la hermosura y a todo el cielo junto.

Sancho: Y, ¿adónde piensas hallar eso que dices?

Sancho Marioneta: ¿Adónde? En la gran ciudad del Toboso.

Sancho: Y bien, ¿de parte de quién la vas a buscar?

Sancho Marioneta: De parte del famoso caballero don Quijote de la Mancha, que deshace los tuertos, y da de comer al que tiene sed, y da de beber al que tiene hambre.

Sancho: Todo eso está muy bien. Y ¿conoces su casa?

Sancho Marioneta: Mi amo dice que han de ser unos reales palacios.

Sancho: Y, ¿la has visto algún día, por ventura?

Sancho Marioneta: Ni yo ni mi amo la habemos visto jamás.

Sancho: Y, ¿te parece bien hecho ir a sonsacarle las princesas a los del Toboso? Si se enteran te muelen las costillas a puros palos y no te dejan hueso sano.

Sancho Marioneta: Pero yo sólo soy un mensajero.

Sancho: No te fíes de eso, Sancho, porque la gente manchega es tan colérica como honrada y no consienten cosquillas de nadie.

Sancho Marioneta: ¡El diablo me ha metido a mí en esto!

Sancho: ¿Y si fuésemos adonde aquella vecina de quien se dice estuvo mi amo enamorado?

Sancho Marioneta: ¿Aldonza?

Sancho: La misma.

- Sancho Marioneta: ¿Y qué le dirás, Sancho listo?
- Sancho:: Direle: Señora Dulcinea del Toboso, luz y sombra de las damas, alba de los pensamientos, señora del más valiente caballero andante que haya parido madre alguna.
- Dulcinea: (Aparece por detrás de Sancho.) ¿Qué dices, Sancho? ¿Te has metido a farsante?
- Sancho Marioneta: Mi señora, Dulcinea del Toboso.
- Dulcinea: Loco andas.
- Sancho Marioneta: Tengo un mensaje para vuesa merced de mi amo, el ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha.
- Dulcinea: ¿Don Quijote? Con mancha o sin mancha, no lo conozco.
- Sancho Marioneta: Haga memoria, mi señora.
- Dulcinea: Deja los señoríos, Sancho, que no sé de quién me hablas.
- Sancho Marioneta: Don Quijote de la Mancha... bueno, vuesa merced lo conocía por su otro nombre.
- Dulcinea: ¿Cuál nombre?
- Sancho Marioneta: Alonso Quijano.
- Dulcinea: ¿Alonso Quijano? ¿El que vive con su sobrina y su ama, cerca de tu casa?
- Sancho Marioneta: Sí, pero ya no está allí porque ahora es caballero andante.
- Dulcinea: Caballero andante, no me hagas reír, Sancho.
- Sancho Marioneta: No se ría vuesa merced, pues tan cierto es que Don Quijote es caballero andante como yo soy su escudero.
- Dulcinea: Válate Dios, Sancho, si estáis chiflados los dos.
- Sancho Marioneta: No, mi señora, somos los defensores de los perseguidos y de las mujeres que reciben afrentas.
- Dulcinea: ¿Y tú andas con él en esa ventura?

- Sancho Marioneta: Sí, porque soy quien "júntate a los buenos y serás uno de ellos", y yo soy de aquellos "no con quien naces, sino con quien paces", y de los "quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija."
- Dulcinea: No digas más, Sancho, que ya veo por donde andas. Quédate con tu amo y su locura, y quede tranquila yo, que nada tengo que ver con esas necedades.
- Sancho Marioneta: Pero es que mi amo escogió a vuesa merced como su dama, Dulcinea del Toboso.
- Dulcinea: Pero si yo soy Aldonza Lorenzo.
- Sancho Marioneta: Pues a falta de moza, buena es Aldonza.
- Dulcinea: Cuida tus refranes, Sancho.
- Sancho Marioneta: Digo, mi señora, que su nombre es Aldonza, que suena a dulce, así que llamarla Dulcinea es decir su nombre de otra manera. Y como vuesa merced es de El Toboso, pues así nace Dulcinea del Toboso.
- Dulcinea: Calla, Sancho, que con tus historias y arengas, haces que se le quiebre a una la cabeza.
- Sancho Marioneta: No le ponga pensamiento y escuche el mensaje que le envía mi amo, quien ruega su bendición para lanzarse a buscar aventuras.
- Dulcinea: A la verdad, Sancho, que eres todo Panza. ¿Qué tengo yo que decirle a tu amo? ¿Y cuál amo, si tú tampoco eres escudero?
- Sancho Marioneta: Sí soy, y mi señor Don Quijote me ha prometido una ínsula, así que seré gobernador.
- Dulcinea: Desdichada de mí, si estás más loco que el tal Don Quijote. Podéis haceros compañía, pero conmigo no cuenten.
- Sancho Marioneta: ¿Y qué le diré a mi amo?
- Dulcinea: Decirle que estoy muerta.(Sale)

Sancho: Ah, malagradecida. Después que mi señor le ha dado fama eterna y pasajera. Con razón escribió Tiquitos:

Epitafio a Dulcinea

Reposa aquí, Dulcinea;
Y, aunque de carnes rolliza,
la volvió en polvo y ceniza
la muerte espantable y fea.
Fue de castiza ralea,
Y tuvo asomos de dama;
del gran Quijote fue llama,
y fue gloria de su aldea.

Sancho Marioneta: Todavía no sabes que has de hacer con la encomienda que te dio Don Quijote.

Sancho: Calla, que todas las cosas tienen remedio.

Sancho Marioneta: Todas menos la muerte, debajo de cuyo yugo hemos de pasar todos, mal que nos pese, al acabar la vida.

Sancho: Cierto es, pero todavía no nos llega el turno. Así que escucha bien:

Canción del Encantamiento de Dulcinea

Este mi amo es un loco de atar
y yo que le sirvo de escudero
no me quedo demasiado atrás.
El toma lo blanco por negro
y a los molinos se lanza a atacar
porque ve gigantes en el mundo entero
dice que a los perseguidos él debe salvar
observa soldados donde hay carneros
cambia a mulas torpes por finos camellos
jurando que fama y honra él ha de lograr.
Si está tan loco como yo lo creo
no será difícil que llegue a aceptar
a una labradora de aspecto feo
como la señora Dulcinea sin par.
Sancho, listo te quedó el remedio
de tu ingenio nadie puede ya dudar
le traerás la dama a su caballero
aunque sólo sea una aldeana más.

Coloca a la marioneta en su lugar original. Observa y ve a una labradora que se acerca por el camino de El Toboso.

- Sancho: Ahí viene mi salvación. ¡Don Quijote, don Quijote!
- Don Quijote: ¿Qué hay, Sancho amigo, buenas nuevas?
- Sancho: Y tan buenas que no tiene vuesa merced sino salir a ver a la señora Dulcinea del Toboso, que con otras doncellas suyas viene a ver a vuesa merced.
- Don Quijote: ¡Santo Dios! ¿Qué es lo que dices, Sancho? Mira no me engañes, ni quieras con falsas alegrías alegrar mis verdaderas tristezas.
- Sancho: ¿Qué sacaría yo con engañar a vuesa merced y más estando tan cerca de descubrir mi verdad? Venga, señor, venga y verá venir a la princesa, nuestra ama, vestida y adornada; en fin, como ella es. Sus doncellas y ella son una ascua de oro, todas mazorcas de perlas, todas son diamantes, todas rubíes. Sus cabellos son rayos del sol que andan jugando con el viento, y sobre todo, vienen a caballo sobre tres cananeas, que no hay más que ver.
- Don Quijote: Hacaneas, querrás decir, Sancho, que así se llaman a las jacas.
- Sancho: Poca diferencia hay, vuesa merced me entendió. Pero vengan sobre lo que vinieren, ellas vienen las más galanas señoras que se pueden desear, especialmente la princesa Dulcinea, mi señora, que pasma los sentidos.
- Don Quijote: Vamos, Sancho hijo, y por traerme estas buenas nuevas, te prometo que lo que gane en la primera aventura será tuyo. (Sancho muestra cara de incredulidad.) Y si esto no te contenta, puedes coger las crías que mis tres yeguas paran.
- Sancho: Mejor cojo las crías, porque en las aventuras lo único que ganamos son golpes. Pero venga, señor, venga a ver a la señora Dulcinea. (Se adelantan. Don Quijote mira en derredor.)

Don Quijote: ¿Las dejaste en la ciudad, Sancho?

Sancho: ¿Cómo en la ciudad? ¿Por ventura tiene vuesa merced los ojos en la espalda que no ve que son éstas, las que aquí vienen, resplandecientes como el mismo sol a medianoche?

Don Quijote: Yo no veo, Sancho, sino a tres labradoras sobre tres borricos.

Sancho: ¡Agora me libre Dios del diablo! Y ¿es posible que tres cananeas, o como se llamen, blancas como la nieve, le parezcan a vuesa merced borricos? ¡Vive el señor, que me pele estas barbas si tal fuese verdad!

Don Quijote: Pues yo te digo, Sancho amigo, que es tan verdad que son borricos o borricas, como yo soy Don Quijote y tú Sancho Panza; o a lo menos, a mí tales me parecen.

Sancho: Calle, señor, no diga la tal palabra, sino despabile esos ojos, y venga a hacer reverencia a la señora de sus pensamientos, que ya llega cerca.

Sancho se adelanta y toma la marioneta de Dulcinea.

Sancho: Reina... y princesa... y duquesa de la hermosura, vuestra grandeza sea servida de recibir en su gracia y buen talante al cautivo caballero vuestro, que está allí hecho piedra mármol, todo turbado y sin pulsos de verse ante vuestra magnífica presencia. Yo soy Sancho Panza su escudero, y él es el ingenioso caballero Don Quijote de la Mancha, llamado por otro nombre el Caballero de la Triste Figura. (Le hace señas a Don Quijote para que se arrodille. Este, desencajado y admirado, sin poder despegar los labios, lo hace. Entra la aldeana que hace la figura de Dulcinea y aparta a Sancho.)

- Dulcinea: Apártense ahora en tal del camino y déjenmos pasar, que vamos de prisa.
- Sancho: (Se adelanta e interpone la marioneta.) ¡Oh, princesa y señora universal del Toboso! ¿Cómo vuestro magnánimo corazón no se enternece viendo arrodillado ante vuestra sublimada presencia a la columna y sustento de la andante caballería?
- Dulcinea: Mas ¡jo, que te estrego, burra de mi suegro! (Empuja a Sancho, quien cae de nalgas.) ¡Mira con qué se vienen los señoritos ahora a hacer burla de las aldeanas, como si aquí no supiésemos echar pullas como ellos! Vayan su camino, y déjenmos hacer el nuestro, y serles ha sano.
- Don Quijote: Levántate, Sancho, que ya veo que la Fortuna, no se cansa de aumentar mi mal y tiene cerrados todos los caminos por donde pueda venir algún contento a esta ánima mezquina que tengo en las carnes. Y tú, único remedio de este afligido corazón que te adora, ya que un maligno encantador me persigue y ha puesto nubes y cataratas a mis ojos, y sólo para mí ha transformado tu singular hermosura y rostro en el de una labradora pobre, si no ha cambiado el mío para hacerle aborrecible a tus ojos, no dejes de mirarme amorosamente, echando de ver este arrodillamiento con que mi humilde alma te adora.
- Dulcinea: ¡Tomá que mi abuelo! Amiguita soy yo de oír disparates. Apártense y déjenmos ir.
- Sancho le abre paso, contento de haber salido bien de su enredo.
- Sancho: ¡Vive Roque, que es la señora nuestra ama más ligera que el viento!

- Don Quijote: (Que ha seguido con la vista la salida de Dulcinea) Sancho, ¿qué te parece cuan mal querido soy de encantadores? Y mira hasta donde se extiende la ojeriza que me tienen, pues me han querido privar del contento que pudiera darme ver en su ser a mi señora. En efecto, yo nací para ejemplo de desdichados.
- Sancho: No es para tanto, mi señor.
- Don Quijote: Sancho, es que los encantadores no se contentaron con transformar a mi Dulcinea en una aldeana fea, sino que le quitaron lo que es tan suyo de las principales señoras.
- Sancho: ¿Qué?
- Don Quijote: El olor.
- Sancho: ¿El olor?
- Don Quijote: Sí, el buen olor, porque te hago saber Sancho, que cuando me acerqué a Dulcinea, me dio un olor a ajos que me atosigó el alma.
- Sancho: ¡Oh, canalla, oh, encantadores mal intencionados! Quién os viera a todos ensartados como sardinas en vara. Os debiera haber bastado, malditos, haber cambiado las perlas de los ojos de mi señora en el fango de los cerdos, y sus cabellos de oro purísimo en cerdas de cola de buey bermejo, y finalmente, todas sus facciones de buenas en malas, sin que le tocáredes el olor, que por él siquiera sacáramos lo que estaba descubierto debajo de aquella fea corteza. (Se da cuenta que está contradiciéndose. Gira y toma a Sancho Marioneta)
- Sancho Marioneta: Aunque, para decir verdad, nunca yo vi su fealdad, sino su hermosura, que resplandecía como lunas y estrellas.
- Don Quijote: ¡Y que no viese yo todo eso, Sancho! Ahora torno a decir, y diré mil veces, que soy el más desdichado de los hombres.

- Sancho: Señor, las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres, pero si los hombres las sienten demasiado, se vuelven bestias.
- Don Quijote: ¿Qué dices, Sancho?
- Sancho: Digo, ¿qué diablos es esto? ¿Qué descaecimiento es este? ¿Estamos aquí o en Francia? Que se lleve Satanás a cuantas Dulcineas hay en el mundo, pues vale más la salud de un solo caballero andante que todos los encantos y transformaciones de la tierra.
- Don Quijote: (Canta)
- Canción de la fidelidad**
 Calla, Sancho blasfemo,
 calla y no digas más
 que mi Dulcinea amada
 en encantamiento está
 y solo yo soy el culpable
 de su desgracia y su mal
 porque los malos me envidian
 y me quieren atacar
 transformándola en fea
 sin que la pueda mirar.
 Pero señor, vamos pronto
 aventuras a buscar
 conquistaremos mi ínsula
 que yo sabré gobernar
 y vuesa merced tendrá fama
 por su valentía sin par.
 Olvide ya esa tristeza
 y vamos a cabalgar
 que Dulcineas habrá muchas
 para el alma encomendar.
- Sancho: Calla, Sancho blasfemo
 calla y no digas más
 yo tengo sólo una dama
 a quien debo adorar
 y aunque fea y desgarbada
 la voy a desencantar
 aunque me cueste la vida
 hermosa otra vez será
- Don Quijote:

y recibirá mis ofrendas
y fidelidad total
Dulcinea del Toboso
la dama de Don Quijote
la de tan dulce mirar
que los pájaros del bosque
la tienen por su rival.
Dulcinea del Toboso
te voy a desencantar. (Sale)

Sancho lo ve irse con pena de haberle engañado. Gira y toma la marioneta de Don Quijote.

Don Quijote:

Y no digas más, Sancho, que una nueva y peligrosa aventura se cruza en nuestro camino.

Sancho:

¿De qué se trata ahora, Don Quijote? ¿Serán gigantes, serán cautivos o damas amenazadas por algún malandrín perdido?

Don Quijote:

Venceré a quien sea y tendrá que presentarse ante Dulcinea para rendirle tributo. Eh, tú, carretero, cochero o diablo, o lo que eres, no tardes en decirme quién eres, a dónde vas y quién es la gente que llevas en tu carreta, que más parecen diablos y fantasmas que humanos.

Sancho toma una carreta en miniatura y la coloca frente a la marioneta. Se pone en su mano izquierda el títere del carretero.

Sancho:

Señor, nosotros somos actores de la compañía de Angulo el Malo, y hemos hecho esta mañana la obra *Las cortes de la muerte* en un lugar que está detrás de aquella loma, y como hemos de hacerla otra vez esta tarde en aquel otro lugar, vamos vestidos con los mismos vestidos que representamos. Aquel mancebo es la Muerte, el otro, Ángel, aquella, la Reina...

- Don Quijote: Por la fe de caballero andante que así como vi este carro, imaginé que alguna grande aventura se me ofrecía, y ahora digo que es menester tocar las apariencias con la mano para dar lugar al desengaño.
- Sancho saca una vejigas y cascabeles y comienza a perseguir a Don Quijote marioneta. Lo deja enganchado en los cordeles y sigue saltando hasta que tropieza con Don Quijote. Se enredan y caen. Don Quijote se levanta molesto.
- Don Quijote: Deteneos, que será bien castigar al demonio que se atreve burlar a un caballero andante.
- Sancho: Quítese eso de la imaginación, que sería una locura intentar meterse con farsantes.
- Don Quijote: Farsantes o demonios, no se han de escapar sin su castigo merecido. Deteneos, turba alegre y regocijada.
- Sancho: Vuesa merced temple su cólera, que los del Carro de la muerte se han cargado de piedras... Además, que ninguno de ellos es caballero andante.
- Don Quijote: Razón tienes, Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano y Sancho sincero, así que dejemos esos fantasmas y vamos a buscar la Cueva de Montesinos, adónde buscaré cómo desencantar a Dulcinea.
- Sancho: Esa cueva es peligrosa, vuesa merced. Dicen que el que en ella entra, se pierde en el abismo.
- Don Quijote: Aunque baje al mismísimo infierno, no dejaré de acometer esta aventura. Ya que no me dejaste vengarme de los burladores que iban en el carro de la muerte, ahora debes asistirme a buscar los misterios que encierra la Cueva de Montesinos.

- Sancho: Le ayudaré a vuesa merced, pero a la cueva no pienso bajar. Cuentan que hay que amarrarse para bajar a ella.
- Don Quijote: ¿Miedo, Sancho?
- Sancho: Mas vale cobarde vivo que valiente muerto, o enterrado en la malhadada cueva. Mire bien vuestra merced, lo que piensa hacer: no se quiera sepultar en vida, que dicen que esta cueva es peor que una mazmorra.
- Don Quijote: Quita allá, Sancho, que los caballeros andantes no conocemos el miedo. Átame con la soga y calla, que aventura como ésta, para mí estaba guardada.
- Sancho: Es como dice en la historia vuestra que anda de mano en mano: loco, pero valiente.
- Don Quijote: (Hincándose) ¡Oh, señora de mis acciones y movimientos, clarísima y sin par Dulcinea del Toboso! Si es posible que lleguen a tus oídos las plegarias de este tu venturoso amante, por tu inaudita belleza te ruego que las escuches. No me niegues tu favor y amparo, aunque estés convertida en una aldeana fea. Yo voy a despeñarme, a empozarme y a hundirme en el abismo que aquí se me representa, sólo porque conozca el mundo, que si tú me favoreces, no habrá imposible al que yo no acometa y acabe.
- (Se levanta. Sancho le amarra la soga. Don Quijote saca la espada y comienza a descender.)
- Sancho: Dios te guíe, flor, nata y espuma de los caballeros andantes, y te vuelva libre, sano y sin cautela a la luz desta vida, que dejas por enterrarte en esta escuridad que buscas.
- Don Quijote: Más soga, Sancho, más soga.
- Mientras Don Quijote va desapareciendo, Sancho saca una vara larga de

la cual cuelga la marioneta de Don Quijote. Comienza a bajar a Don Quijote marioneta hacia el foso.)

Sancho: Cuento, vuesa merced que ve en ese infierno.

Don Quijote: No es infierno, Sancho, como luego veréis: (Don Quijote aparece detrás de Sancho)

Canción de la Cueva de Montesinos

Bajando al abismo oscuro
un gran sueño me asaltó
y en un prado deleitoso
mi cuerpo se despertó.
Encontré a Montesinos
que de guía me sirvió
y me contó la historia
de su fama y su valor.
Lloré también con Belerma
que su belleza perdió
y por el gran Durandarte
cuyo enorme corazón
pesaba como dos libras
con la sal que se le echó
cuando de su pecho joven
Montesinos arrancó.
También había muchos magos
Merlín, el mayor encantador
sabio que hace y deshace
y a que a todos encantó.
Y para seguir la historia
tres veces anocheció
y pasmado de sorpresa...

Sancho: (Subiendo a Don Quijote Marioneta) Un momento, señor Don Quijote. (Gira a Don Quijote.) Yo no sé cómo vuestra merced en tan poco espacio de tiempo como ha que está allá abajo, haya visto tantas cosas y hablado y respondido tanto.

Don Quijote: ¿Cuánto ha que bajé?

Sancho: Poco más de una hora.

Don Quijote:

Eso no puede ser. A mi cuenta, tres días he estado en aquellas partes remotas y escondidas a la vista.

Sancho:

Perdóneme vuestra merced si le digo que de todo cuanto aquí ha dicho, lléveme Dios, que iba a decir el diablo, si le creo cosa alguna.

Don Quijote:

¿Crees que miento, Sancho?

Sancho:

No, señor mío, creo que aquel Melín o aquellos encantadores que encantaron a toda la chusma que vuestra merced dice que ha visto, pues le encajaron en la memoria toda esa máquina que nos ha contado.

Don Quijote:

Todo eso pudiera ser, Sancho, pero no es así, porque lo que te he contado lo vi con mis propios ojos y lo toqué con mis propias manos. ¿Qué dirás, Sancho, cuando te diga que vi a mi señora Dulcinea del Toboso?

Sancho:

Diré que es el mayor disparate que pueda imaginarse.

Don Quijote:

Como te conozco, Sancho, no hago caso de tus palabras.

Sancho:

Ni yo de la vuestras, aunque me hiera, aunque me mate por las que he dicho o por las que pienso decir si vuesa merced sigue ensartando disparates. Pero dígame, mi señor, ¿cómo o en que conoció a la señora nuestra ama?

Don Quijote:

Conocíla en que trae los mismos vestidos que traía cuando tú me la mostraste. (Sancho apenas contiene la risa.) Hábléla, pero no me respondió palabra; antes me volvió las espaldas y se fue huyendo con prisa, saltando como una cabra. Pero una de sus compañeras labradoras se llegó a mí. (Entra Dulcinea con la misma indumentaria de labradora.)

- Dulcinea: Mi señora Dulcinea del Toboso besa a vuestra merced las manos y suplica a vuestra merced se la haga de hacerla saber cómo está.
- Don Quijote: Decirle que desdichado soy por su ausencia.
- Dulcinea: Por estar en una gran necesidad, mi señora Dulcinea suplica a vuestra merced de prestarle media docena de reales a cambio de esta falda de algodón que le envía.
- Don Quijote: ¿Cómo, y los encantados padecen necesidad?
- Dulcinea: La necesidad a todos alcanza y aun a los encantados no perdona. Seis reales pide mi ama, que en gran aprieto está. Tome la prenda que buena es.
- Don Quijote: Prenda no la tomaré yo. Y sólo tengo cuatro reales.
- Dulcinea: Con esos bastará.
- Don Quijote: Decid, amiga mía, a vuestra señora que a mí me pesan en el alma sus trabajos y que no he de descansar y caminaré las siete partidas del mundo hasta desencantarla.
- Dulcinea: Todo eso y más debe vuestra merced a mi señora. (Toma los reales y sale haciendo una cabriola.)
- Don Quijote: Ni siquiera me hizo una reverencia.
- Sancho: ¿Le dio vuestra merced los cuatro reales?
- Don Quijote: No hay nada que yo no hiciera por mi señora.
- Sancho: Pero ¿qué disparatada locura es esta? Oh, señor, señor, por quien Dios es, vuelva vuestra merced en sí y no dé crédito a los embelecados que le tienen descalabrado el sentido.
- Don Quijote: Como me quieres bien, Sancho, hablas de esa manera. Y como no estás experimentado en las cosas del mundo, todas las cosas que tienen algo de dificultad te parecen imposibles. Pero el tiempo

vendrá en que te convenzas de que todo lo que te he contado es verdad. (Sale.)

Sancho:

Canción del Descreimiento

Ay, me muero de la risa
 loco anda mi señor
 dice que posó su vista
 en la dama de su amor.
 Miente, sueña o fantasea
 la dama la inventé yo
 llamándole Dulcinea
 a una moza sin primor.
 Perdona que no le crea
 ese cuento lo soñó
 es tan solo una quimera
 que su seso le sorbió.
 Ahora tiene una tarea
 que exigirá su tesón
 desencantar a Dulcinea
 para rescatar su honor.
 Así fuimos cabalgando
 sin mostrar mucho temor
 hasta que con maese Pedro
 el destino nos unió.

Entra Dulcinea con el títere de Maese Pedro superimpuesto a su cuerpo. Tiene en su mano derecha un mono en forma de títere de mano.

Dulcinea:

Vengan todos a escuchar al mono adivino. Por sólo dos reales, el mono me dirá al oído la respuesta a sus preguntas. Y si yerra, vuesa merced no tiene que pagar. Vengan todos.

Don Quijote:

(Entrando) Dígame vuestra merced, señor adivino, ¿qué ha de ser de nosotros? Sancho, dale los dos reales.

Dulcinea:

Señor, este animal no responde ni da noticia de las cosas que están por venir; de las pasadas sabe algo y de las presentes, algún tanto.

Sancho:

¡Voto a Dios! No dé yo un real porque me digan lo que por mí ha pasado porque ¿quién lo puede saber mejor que yo mismo? Y pagar yo porque me digan lo que sé, sería una gran necesidad. Pero pues sabe las cosas del presente, he aquí mis dos reales y dígame el señor monísimo, ¿qué hace ahora mi mujer Teresa Cascajo y en qué se entretiene?

Dulcinea:

No quiero recibir adelantados los premios, sin que hayan precedido los servicios. (Se golpea dos veces el hombros derecho. El mono salta y le habla al oído. Maese Pedro se arrodilla frente a Don Quijote.) ¡Oh, no jamás como se debe alabado caballero Don Quijote de la Mancha, ánimo de los desmayados, arrimo de los que van a caer, brazo de los caídos, consuelo de los desdichados! (Gira a Sancho.) Y tú, ¡oh buen Sancho Panza, el mejor escudero del mejor caballero del mundo, alégrate que tu mujer Teresa está bien, y ésta es la hora en que está rastrillando una libra de lino, y tiene a su lado un jarro lleno de vino, con el que se entretiene en su trabajo.

Sancho:

Eso creo yo muy bien porque ella es una bienaventurada, sobre todo cuando tiene vino a su lado.

Don Quijote:

Ahora digo que el que lee mucho y anda mucho, ve mucho y sabe mucho. ¿Quién me hubiera dicho que hay monos en el mundo que adivinen, como lo he visto ahora por mis propios ojos? Porque yo soy el mismo Don Quijote de la Mancha que este buen animal ha dicho.

Sancho:

Querría yo que vuestra merced le preguntase al mono si es verdad lo que a vuestra merced le pasó en la Cueva de Montesinos, que

yo para mí tengo, con perdón de vuestra merced, que todo fue embeleco y mentira, o por lo menos, cosas soñadas.

Don Quijote:

Todo podría ser, pero yo haré lo que me aconsejas, puesto que me ha de quedar un no sé qué de escrúpulo. Preguntarle, maese Pedro.

Dulcinea:

Mirad, señor mono, que este caballero quiere saber si ciertas cosas que le pasaron en una cueva llamada de Montesinos, si fueron falsas o verdaderas. (El mono se sube al hombro y le habla.) El mono dice que parte de las cosas que vuestra merced vio, o pasó en la dicha cueva son falsa, y parte verosímiles. Y que esto es lo que sabe, y no otra cosa, en cuanto a esta pregunta; y que si vuestra merced quisiere saber más, que el viernes venidero responderá a todo lo que se le preguntare, que por ahora se le ha acabado la virtud y no le vendrá hasta el viernes. (Sale.)

Sancho:

¿No le decía yo que ni la mitad de lo que vuestra merced ha dicho que le pasó en la cueva podía ser verdad?

Don Quijote:

Los sucesos lo dirán, Sancho, que el tiempo, descubridor de todas las cosas, no se deja ninguna que no saque a la luz del sol. Y ahora, baste esto y vámonos a ver el Retablo del buen maese Pedro, que para mí tengo que debe tener alguna novedad.

Caminan hasta el lateral donde maese Pedro ha armado su retablo.

Dulcinea como Maese Pedro maneja los títeres.

Dulcinea:

Esta verdadera historia que aquí a vuestras mercedes se representa es sacada al pie de la letra de las crónicas francesas y de los romances españoles que andan de boca en boca de las gentes, y de los muchachos, por esas calles. Trata de la libertad que le dio don Gaiferos a su esposa Melisendra, que estaba cautiva en

España en poder de moros. Estaba la bella Melisendra en la torre en que la había encerrado el rey Marsilio cuando se apareció don Gaiferos a rescatarla. Ella lo reconoce y se descuelga por el balcón. Pero ay, unos ojos ociosos la ven y le avisan al rey Marsilio, quien manda a tocar las campanas de las mezquitas para alertar a sus fieles.

Don Quijote:

¡Eso no! En eso de las campanas anda muy impropio maese Pedro, porque entre moros no se usan campanas. Así que eso es un gran disparate.

Dulcinea:

(Asoma su cabeza en el retablo.) No mire vuestra merced en niñerías, señor Don Quijote. ¿No se representan por ahí, mil obras llenas de mil disparates y con todo eso son exitosas?

Don Quijote:

Así es la verdad.

Dulcinea:

(Retomando la historia) Miren cuanta y cuán lúcida caballería sale de la ciudad persiguiendo a los amantes. Me temo que los han de alcanzar y a don Gaiferos y a su dama han de volver atados a la cola de su mismo caballo, lo que sería un horrendo espectáculo.

Don Quijote:

(Desenvaina su espada) Nunca consentiré yo que en mi presencia se persiga a tan famoso caballero y a tan atrevido enamorado como don Gaiferos. ¡Deteneos, mal nacida canalla, no le sigáis ni persigáis, si no conmigo sois en la batalla!(Ataca a los títeres y rompe el retablo.)

Dulcinea:

Deténgase vuesa merced, señor don Quijote, y advierta que estos que derriba, destroza y mata no son moros verdaderos sino figuras de pasta.

Don Quijote:

Si no estuviera yo presente, qué fuera del buen don Gaiferos y de la hermosa Melisendra. ¡Viva la andante caballería!

Maese Pedro sale huyendo con su retablo maltrecho y sus títeres destrozados.

Sancho: Mire lo que ha hecho, mi señor don Quijote, que el retablo del desdichado Maese Pedro ha hecho pedazos.

Don Quijote: ¿Retablo, Sancho amigo?

Sancho: Sí, le partió la cabeza al rey Marsilio y desplumó a la caballería mora.

Don Quijote: Plumas no tenían, Sancho.

Sancho: Vuesa merced me entendió.

Don Quijote: Y pues, no había de hacerlo si perseguían con saña al buen Don Gaiferos y a su amada Melisendra.

Sancho: Pero eran sólo figuras de yeso, títeres fabricados para cantar una historia.

Don Quijote: Contar querrás decir, Sancho.

Sancho: Si vuesa merced sigue corrigiéndome, no acabaremos nunca.

Don Quijote: Bien dices, Sancho. ¿Pero y don Gaiferos?

Sancho: Aquí yace desgaiferado.

Don Quijote: ¿Y la hermosa Melisendra?

Sancho: Allá quedó desmelisendrada y fea.

Don Quijote: ¿Entonces?

Sancho: Un retablo, mi señor. Y hasta el mono de Maese Pedro se escapó.

Don Quijote: Ahora acabo de creer lo que muchas veces he creído. Los encantadores que me persiguen me llenan los ojos con las figuras como ellas son y luego me las truecan en las que ellos quieren. Verdaderamente te digo, Sancho, que a mí me pareció que todo lo que aquí pasaba, pasaba al pie de la letra. Que don Gaiferos era don Gaiferos, que Melisendra era Melisendra... Así que quise dar

ayuda a los que huía. Si me ha salido al revés, no es culpa mía, sino de los malos que me persiguen.

Sancho:

Pero Maese Pedro perdió su retablo y ya no podrá ganarse la vida honradamente.

Don Quijote:

Págale lo que ha perdido, Sancho, que por lo menos me consuela que la hermosa Melisendra en Francia está a salvo junto con su esposo, el buen caballero don Gaiferos. Cumplido he con mi profesión de caballero andante.

Sancho:

¡El diablo me lleve! ¿Así que vuesa merced insiste en que salvó al tal gaitero?

Don Quijote:

Gaiferos, Sancho tonto, don Gaiferos.

Sancho:

Como sea, pero el tal don no era tal sino una figura de yeso.

Don Quijote:

Así lo viste tú, Sancho simple, pero no lo era cuando lo defendí. Luego lo fue cuando los encantadores lo cambiaron en marioneta.

Sancho:

¿Como los molinos de viento?

Don Quijote:

Que no eran tales, sino gigantes.

Sancho:

Pero vuesa merced atacó a los molinos.

Don Quijote:

Cuando vas a entender, Sancho ciego, que las cosas no son lo que parecen. Muchos se engañan tomando por ciertas las apariencias, pero los caballeros andantes sabemos separar la paja del grano.

Sancho:

Aunque a veces se comen la paja y tiran el grano.

Don Quijote:

Los encantadores, Sancho, los malos que me persiguen. Por eso me hieren en donde más duele y han convertido a Dulcinea en una fea labradora. Pero es sólo apariencia, Sancho, porque cuando logre desencantarla, será nuevamente la admiración de todos.

Sancho:

Melín es el culpable.

Don Quijote: Merlín, Sancho ignorante, Merlín, el más famoso encantador de todos los malvados magos de la tierra.

Sancho: Melín o melón, que lo mismo da. Siempre que a vuesa merced le pasa algo, del tal Merlín es la culpa. Él encanta a los barcos, de ventas hace castillos, carneros trueca en ejércitos y a una Maritornes con olor a ajos la vuelve en una bella princesa perfumada de azahares.

Don Quijote: ¿Y a los caballos, Sancho?

Sancho: ¿Caballos?

Don Quijote: Sí, Sancho desmemoriado, o ¿ya te olvidaste de Clavileño y la dueña Dolorida?

Entra Dulcinea ahora con el títere superimpuesto de la dueña Dolorida con barbas. Viene halando un caballo sobre ruedas.

Dulcinea: Valeroso caballero y su más fiel escudero, las promesas del gigante Malambruno han sido ciertas. He aquí al caballo Clavileño. Para lograr que mis barbas y las de las demás docellas desaparezcan deben subir sobre Clavileño y emprender nuevo y feliz viaje.

Sancho: No me contenta el tal viaje. Pensar que tengo que subir en él, ni en la silla ni en las ancas, es pedir peras al olmo.

Canción del miedo

Don Quijote: ¿De que temes, cobarde criatura? ¿De qué huyes, corazón de mantequilla?

Sancho: Yo no me pienso subir a ninguna altura por más que me acuséis de ser gallina. Que si de barbas están llenas las criaturas se las cortaré con un cuchillo de cocina.

Don Quijote: El temor que muestras no tiene medida ánimo de ratón casero, vergüenza furtiva pero aquí está el Caballero de la Triste Figura para desencantar a todas las dueñas doloridas.

- Dulcinea: Ay, desdichadas de nosotras, con estas barbas duras. Si el escudero no acompaña a su señor, el gigante Malambruno nos dejará sumidas en la desdicha.
- Sancho: ¿Y mi insula?
- Dulcinea: Esperándoos estará, que no es movable ni fugitiva.
- Sancho: Es que vagidos me da la altura.
- Dulcinea: Iréis con los ojos vendados hasta que el caballo relinche, que será señal de haber dado fin a su viaje. Subid pues a Clavileño y mostrad el buen ánimo que tenéis.
- Don Quijote: Eso haré yo, de muy buen grado y mejor talante.
- Dulcinea: ¿Y tú, Sancho?
- Sancho: Sea pues y Dios me ayude. Suba mi amo, tápenme los ojos y encomiéndenme a los ángeles para que me favorezcan.
- Don Quijote: Ya veo, Sancho que aunque tonto, eres hombre verídico.
- Sancho: Verde no soy, sino moreno.
- Don Quijote: Tapaos, Sancho, y subid, que la gloria de haber emprendido esta hazaña no la podrá escurecer malicia alguna.
- Sancho: Suba vuestra merced y tápese primero, que si yo tengo de ir en las ancas, claro está que primero sube el de la silla.
- Don Quijote: Así es la verdad. (Saca un pañuelo de la faldriquera y se lo da a la dueña Dolorida, quien le cubre los ojos con el mismo.)
- Sancho: A dios me encomiendo. Les ruego que recen padrenuestros y avemarías por este desdichado escudero que se aventura por un camino desconocido y peligroso.
- Don Quijote: Ladrón, ¿estás puesto en la horca por ventura, o en el último término de la vida, para usar de semejantes plegarias? Cúbrete,

cúbrete, animal descorazonado, y no te salga a la boca el temor que tienes, a lo menos en presencia mía.

Sancho:

Tápenme, y pues no quieren que me encomiende a Dios, sea, aunque una legión de diablos nos ataque y nos azote. (Le tapan los ojos y sube a Clavileño.)

Dulcinea:

¡Dios te guíe, valeroso caballero! ¡Dios sea contigo, escudero intrépido! (Comienza a girar al caballo.) Ya vais por esos aires, rompiéndolos con más velocidad que una saeta. ¡Tente, valeroso Sancho, que te bamboleas! (Aumenta la velocidad de los giros.) ¡Mira no caigas, que peor será tu caída que la del atrevido mozo que quiso regir el carro del sol, su padre!

Sancho:

(Abrazando a don Quijote) Señor, ¿cómo dicen éstos que vamos tan alto, si alcanzan acá sus voces, y no parecen sino que están aquí hablando, junto a nosotros?

Don Quijote:

No repares en eso, Sancho, que como estas cosas van fuera de lo ordinario, de mil leguas verás y oirás lo que quisieres. Y no me aprietes tanto que me derribas.

Sancho:

Señor, es que por este lado da un viento muy recio.

Don Quijote:

Destierra de ti el miedo, Sancho amigo, que yo sabré enfrentarme a lo que sea.

Sancho:

Que me maten si no estamos ya en la región del fuego, porque una gran parte de mi barba se me ha chamuscado, y estoy, señor por quitarme la venda para ver en qué parte estamos.

Don Quijote:

No hagas tal, Sancho, que debemos de haber hecho gran camino. (La velocidad del caballo es vertiginosa. El escenario estalla en luces y estruendos.)

- Sancho: Señor, estamos llegando al infierno. (Sancho y don Quijote vuelan por los aires y caen en el suelo. Dulcinea saca el caballo y luego se recuesta en una esquina.)
- Don Quijote: (Levantándose.) La aventura es ya acabada.
- Sancho: (Buscando a la Dolorida) ¿Qué rostro tendrá la dueña Dolorida sin las barbas?
- Dulcinea: (Fingiendo despertarse.) Oh, Dios. Y, ¿cómo les fue en tan largo viaje?
- Sancho: Yo, señora, sentí que íbamos por la región del fuego y aunque mi señor no accedió, sin que nadie lo viese, por junto a las narices aparte el pañuelo que me tapaba los ojos y por allí miré hacia la tierra. Y parecióme que toda la tierra no era mayor que un grano de mostaza y los hombres que andaban sobre ella, poco mayores que avellanas.
- Dulcinea: Mirad lo que decís, Sancho, que si la tierra os pareció como un grano de mostaza y cada hombre como una avellana, un hombre solo había de cubrir toda la tierra.
- Sancho: Así es verdad, pero como por encantamiento volamos, por encantamiento podía yo ver toda la tierra y todos los hombres por doquiera que los mirara.
- Don Quijote: ¡Sancho!
- Sancho: Si esto no me cree, tampoco me creará que me subí hasta el cielo y jugué con las estrellas que llaman las siete cabritas.
- Dulcinea: (Conteniendo la risa.) ¿Y Clavileño?
- Sancho: Se quedó quietecillo esperándome.
- Don Quijote: No puedo creer que llegarás al cielo sin abrasarte. O Sancho miente o Sancho sueña.

Sancho: Ni miento ni sueño, si no, pregúntenme las señas de las tales cabras, y por ellas verán si digo verdad o no.

Dulcinea: Dígalas pues, Sancho.

Sancho: Son las dos verdes, las dos encarnadas, las dos azules, y la una de mezcla.

Dulcinea: (Estalla en risa mientras sale.) Por Dios, Sancho ha recorrido todos los colores del arcoiris.

Sancho: Es la verdad, como que me llamo Sancho Panza.

Don Quijote: (Lo hala por el brazo.) Sancho, pues tú quieres que se te crea lo que has visto en el cielo, yo quiero que tú me creas a mí lo que vi en la Cueva de Montesinos. Y no digo más. (Se marcha a una esquina a invocar a su dama.)

Sancho saca una marioneta de cuerdas con la figura del Caballero de la Blanca Luna.

Canción del desafío

Sancho: (Como el Caballero de la Blanca Luna)
 Insigne y valeroso caballero
 famoso don Quijote de la Mancha
 te desafía frente al mundo entero
 el Caballero de la Luna Blanca.
 Si no confiesas que es mejor mi dama
 más hermosa y de rostro más bermejo
 que aquella Dulcinea nombrada
 morirás en combate duro y fiero.
 Y si caigo a manos de tu espada
 Dulcinea es la mejor, yo lo confieso.
 Mas si venzo, irás en retirada
 a tu casa a vivir en sosiego.

Don Quijote: Caballero de la Blanca Luna, no ha habido ni puede haber belleza que con la de Dulcinea se pueda comparar. Acepto el desafío.

Tomad pues la parte del campo que quisiéredes, que yo haré lo mismo, y a quien Dios se la diere, San Pedro se la bendiga. (Sale)

Sancho toma dos títeres montados a caballo. Se trata de Don Quijote y el Caballero de la Blanca Luna. Sancho es ahora el narrador a la par que el maestro titiritero.

Sancho:

Don Quijote se retiró a un lado del campo y se encomendó a su dama, Dulcinea del Toboso. Otro tanto hizo el Caballero de la Blanca Luna. Sin tocar trompeta ni otro instrumento bélico que les diese señal de arremeter, volvieron entrambos a un mismo punto las riendas a sus caballos; y como era más ligero el de la Blanca Luna, llegó a don Quijote a dos tercios andados de la carrera y le encontró con tan poderosa fuerza que dio con Rocinante y Don Quijote por el suelo. Fue luego sobre él y poniéndole la lanza sobre la visera, le dijo:

-Vencido sois, caballero, y aun muerto, si no confesáis las condiciones de nuestro desafío.

Don Quijote, molido y aturdido, con voz debilitada y enferma dijo:

-Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esa verdad. Aprieta, caballero la lanza y quítame la vida, pues me has quitado la honra.

-Eso no haré yo, por cierto-dijo el de la Blanca Luna-: viva la fama de la hermosura de la señora Dulcinea del Toboso que sólo me contento con que el gran Don Quijote se retire a su casa un año, o el tiempo que por mí le fuere mandado, como concertamos antes de entrar en esta batalla.

Don Quijote respondió que como no le pidiese cosa que fuese en perjuicio de Dulcinea, todo lo demás cumpliría como caballero puntual y verdadero.

Hecha esta confesión, el de la Blanca Luna se retiró.

Sancho retira los títeres. Por el lateral entra don Quijote cabizbajo, triste y desfalleciente.

Sancho: ¿Qué le sucede, mi señor?

Don Quijote: Ay, Sancho amigo, perseguido me han encantadores, encantadores me persiguen y encantadores me perseguirán hasta dar conmigo y con mis altas caballerías en el profundo abismo del olvido.

Sancho: Fue sólo una derrota, mi señor.

Don Quijote: ¿No ves tú que aplicando mi promesa al Caballero de la Blanca Luna, no tengo de desencantar a Dulcinea?

Sancho: Es sólo por un año, mi señor. Alce vuestra merced la cabeza y alégrese, si puede, y dé gracias al cielo de que está vivo.

Don Quijote: Las cosas humanas no son eternas, Sancho bendito, y yo, vencido y sin ver cumplido mi deseo en la libertad y desencanto de Dulcinea, siento que me muero. (Cae de rodillas. Sancho trata de levantarlo, pero no puede. Don Quijote queda tendido en el suelo.)

Sancho: No se me muera, don Quijote. ¡Aldonza, Aldonza!

Dulcinea: (Entrando) ¿Por qué gritas, Sancho?

Sancho: Se nos muere, don Quijote.

Don Quijote: No, Sancho, se muere Alonso Quijano, el Bueno.

Sancho: No se muera vuestra merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años, porque la mayor locura que puede hacer un hombre es dejarse morir.

- Don Quijote: Perdóname, amigo.
- Sancho: Mire, mi señor, aquí está Aldonza, digo, mi señora Dulcinea del Toboso.
- Dulcinea: Mi señor, don Quijote de la Mancha.
- Don Quijote: Mi amada Dulcinea. Debo estar ya muerto pues contemplo tu belleza sin igual.
- Dulcinea: No, mi señor, está aquí, en donde debe estar para gloria de su patria y honra de su dama.
- Don Quijote: Ya no tengo fuerzas.
- Sancho: Mire, no sea perezoso y levántese de esa cama y vámonos al campo vestidos de pastores, como tenemos concertado.
- Dulcinea: Sí, mi señor, podríamos ser el pastor Quijotiz, el pastor Pancino y la pastora Aldonzina.
- Don Quijote: Para mí siempre serás Dulcinea del Toboso, aunque yo sólo sea Alonso Quijano, el Bueno.
- Dulcinea: No, mi señor, vuesa merced siempre será don Quijote de la Mancha y yo seré su dama. Nunca nadie me quiso tanto. Para mí nació don Quijote y yo para él. Los dos somos uno y si vuesa merced muere, yo también muero.
- Don Quijote: Todo llega a su fin y no hay mano que pueda detener el curso la vida. Tú Sancho, sé bueno y no me olvides. Y para ti, señora de mis sueños, mi mejor testamento: el amor. (Muere. Comienza la música mientras lo sacan de escena.)

Epitafio

Aquí yace el Hidalgo fuerte
 que a tanto extremo llegó
 de valiente, que se advierte
 que la muerte no triunfó
 de la vida con su muerte.
 Tuvo la riqueza en poco

fue caballero valiente
del mundo, en tal coyuntura
que acreditó su ventura
morir cuerdo y vivir loco.

Se escucha la voz chillona de Teresa Cascajo.

Teresa:

Sancho, Sancho, ya llegó Sanchica con el bachiller Sansón
Carrasco.

Sancho:

Ya voy, mujer. (Mira las marionetas.) No, no se ha muerto, mi señor
Don Quijote. Mañana volveremos, y yo seré gobernador de la
Ínsula Barataria y vuesa merced desafiará a los leones. Hasta
mañana, flor y nata de la caballería andante.

Teresa:

¡Sancho!

Sancho:

¡Ya va! (Echa un último vistazo) Hasta mañana. (Sale.)

El escenario va oscureciéndose poco a poco. Al final sólo una luz lateral
ilumina las marionetas. Entonces la marioneta de don Quijote levanta
la mano y dice: *Hasta mañana, mi fiel escudero.* Apagón.

FIN

San Juan de Puerto Rico-Cádiz,
España Noviembre de 1998.

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARI
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS